

LINEAS PASCUALES

PAZ...

...Y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad...—cantaron los ángeles, según la hermosa leyenda. ¡Paz en la tierra! En verdad os digo que, para mí, la fiesta de Navidad es la más bella, y la de más íntima y conmovedora significación acaso entre todas las fiestas del año. ¡Lástima que no sepamos celebrarla de otra suerte que atiborrándonos de pavo y golosinas!...

Todo en el recuerdo de aquella noche única está impregnado de un suave aroma de belleza espiritual, que alcanza y envuelve como en un vaho de ensueños hasta las bestias del establo. Todo en ella está no tan solo lleno de poesía, sino sellado de un alto simbolismo: Los Reyes de leyenda, perdidos en la noche; la estrella guiadora, el pesebre, iluminado por una luz nueva, el Niño, los padres, los animales, mudos testigos del prodigio que ante ellos se cumplía. Debieron brillar los astros con un resplandor inusitado en las tinieblas, y ser más audible—en el silencio solemne de los campos dormidos—la divina armonía astral que escucharan de algunos siglos antes los oídos de Pitágoras. Porque acababa de nacer un Hombre que había de anunciar al mundo, eternamente combatido, la aurora de una nueva Paz.

...y paz en la tierra... ¿Qué es la paz? No lo saben aquí los hombres; apenas han comenzado á aprenderlo, después de mil novecientos años del gran suceso. No reina la paz en la tierra todavía; ni en nuestras mentes, agitadas por tempestades de ideas encontradas y enemigas, ni en nuestros pechos anhelosos, cargados de pasiones y deseos. Y no hay en toda la extensión del Universo infinito don más precioso que aquel don, ni ventura más inefable. Pero nosotros hijos de la inquietud y del dolor, si podemos en ocasiones desde el fondo de nuestras almas fatigadas, conseguir un atisbo vago de esa suprema verdad, no somos aún capaces de comprenderla y *sentirla* en toda su intensidad redentora.

¡Oh, no penseis que me refiero á la paz de los muertos, á la estéril paz de la inacción! No, no es esa la que añora el mundo; sino aquella otra interna maravillosamente fecunda y activa, que nos capacita para todas las recias empresas, que nos inspiran los más altos hechos; aquella misma que sonreía en los ojos del niño del pesebre, y la que treinta y tres años después de la noche en que naciera, brilló también en sus ojos iluminados, vueltos á las alturas, en el supremo holocausto del martirio.

La que añora nuestro mundo, desorientado y perdido en la noche, como los Reyes de la leyenda, es esa paz, que se perdió, acaso para siempre, y para nuestro mal y desventura, entre el rumor de nuestras raras querellas. No tenemos paz porque no sabemos bien lo que queremos, ni á donde vamos, ni si vamos á alguna parte cierta en nuestro correr desatentado en pos de la felicidad en que, en el fondo, tampoco creemos. Necesitamos un ideal, un ideal único y altísimo que sea el centro de nuestros espíritus, la guía y Norte que guía nuestros espíritus, faltos de Norte y guía; y en el revuelto mundo de nuestras disputas no sabemos hallar la luz definitiva y misteriosa de la sagrada y universal verdad.